

A la biología no le parece imposible obtener del Hombre una especie nueva, un animal insólito: el superhombre.

JEAN ROSTAND

UN MUNDO DISTINTO

Vivimos una época de cambios fundamentales; pero no apreciamos cuán profundos y vastos han sido.

Los nacidos al clarear este siglo hemos visto pasar ante nuestros ojos, casi sin asombro, un permanente trastocarse de valores, teorías, conceptos, estructuras y actitudes filosóficas. La universal mudanza, ocurrida en sólo unas décadas, es mucho más significativa que todas las alteraciones producidas en el resto de la historia humana.

Hace 150 años, William Herschel quebró las barreras del firmamento y mostró la unidad de nuestra Via Láctea y la existencia de otros millones de conglomerados siderales.

Einstein, Planck, Bohr, Heisenberg, Dirac y tantos otros cambiaron, durante la primera mitad de la centuria, la imagen y los conceptos de la materia y la energía, y al dar escala cósmica a las leyes de la física, pusieron en consonancia con las nuevas observaciones la imagen del Universo.

Hace apenas 30 años, Carl Janaki, con su "caballito" de madera y acero, abrió las ventanas de la radioastronomía, que recién empieza a transitar por sus nuevos e inconmensurables caminos.

A lo largo del siglo, Haldane, Oparin y luego Teilhard de Chardin mostraron que la materia, mal llamada inerte, llevaba en su entraña la simiente antientrópica de la vida y la inteligencia...

Fermi, Oppenheimer y otros hicieron realidad en los laboratorios el $E = m \times C^2$ de Albert Einstein y pusieron en manos del hombre la energía atómica, formadora de la materia, con la cual podrán ampliarse los dominios de investigación y de comunicación en la Tierra y en el espacio estelar.

Sólo en 1948 Norbert Wiener y un grupo de pensadores y matemáticos echaron las bases de la cibernética, plantearon la teoría de la información y dejaron abiertos para los investigadores y tecnólogos innumerables caminos a lo largo de los cuales el automatismo trataría y podría imitar, en parte al menos, la conducta y los mecanismos de retroacción de la vida inteligente.

La ciencia siguió acicateando a la técnica y la metió por las rutas de espectaculares realizaciones. Los vehículos automotrices que nos sorprendieron en 1920 con sus 100 kilómetros por hora, y los destartalados aviones de la Primera Guerra Mundial, con sus 90 caballos de fuerza,

hicieron posibles los bólidos de las autocarreteras y los aviones de retroacción supersónicos. Los elementales audifonos y los primeros receptores de galena, en los que rascábamos con una punta de acero, dieron paso a las redes de telecomunicación, a los radares, a los televisores que se extienden por sobre toda la Tierra y alcanzan con sus ondas el espacio interplanetario.

Los satélites artificiales, los cohetes de retroimpulso poniendo en órbita complejos laboratorios de investigación, los hombres ingravidos, y los Mariners, y los Veneras, y sus fotografías e informes enviados desde las cercanías de Marte y Venus, y los Surveyors, como dóciles tortugas del profesor Walter Gray, posándose sobre la Luna y transmitiendo lo que veían, para que luego los astronautas de los Apolos pusieran sus pies en la vieja Selene con menos riesgos.

Microscopios electrónicos hurgan sin descanso en la materia y la vida, los sistemas de computación resuelven complejas ecuaciones, actúan con rigurosa lógica matemática y se muestran capaces de dirigir, con sólo espaciadas intervenciones del hombre, los más complejos sistemas de producción y servicio.

Millones de galaxias, cuasares, objetos azules estelares, pulsares, y tal vez nuevos universos en gestación ubicados en la metagalaxia, pueblan el mundo siempre creciente de la astronomía. Y los laser, con su penetrante dedo de luz coherente, lanzan sus señales al espacio en busca de comunicación con seres de otros mundos; y los elementos transuránicos, y los isótopos, y la criogenia en el mundo del superfrío, y las micropartículas, y la antimateria y, acaso, el anti Universo. Y, más adelante, la sociedad humana manejada por un gobierno central, y las máquinas reemplazando a los hombres en su tarea obligatoria y angustiosa, y las horas sabias del ocio en una Tierra distinta, en un utópico mundo de paz y de justicia, formado por superhombres.

La enumeración podría ser interminable y, en su última parte, manejada sólo por el sueño. Todos estos cambios han afectado o afectarán nuestro modo de vivir. Sin embargo, no tenemos tiempo para asomarnos a los dominios del pensamiento y del saber, no tenemos tiempo ni tranquilidad para otear en el horizonte de este mañana alucinante. El torrente ruge bajo nuestros pies y no lo sentimos pasar. Casi todos los hombres, aun los jóvenes, vivimos conceptualmente viejos de más de un siglo.

ARTURO ALDUNATE PH.

EN LA
FRONTERA
DE LA
CIENCIA CON
ARTURO
ALDUNATE